

Malaquías 2:1-9

Sermón Malaquías 2:1-9 Pentecostés 26 2008 1 Thes 2:8-13
Mateo 23:1-12

»Ahora, pues, sacerdotes, para vosotros es este mandamiento. Si no escucháis y si no decidís de corazón dar gloria a mi nombre, ha dicho Jehová de los ejércitos, enviaré maldición sobre vosotros y maldeciré vuestras bendiciones; y ya las he maldecido, porque no os habéis decidido de corazón. »Yo os dañaré la sementera, os echaré al rostro el estiércol, el estiércol de vuestros animales sacrificados, y seréis arrojados juntamente con él. Así sabréis que yo os envié este mandamiento, para que permanezca mi pacto con Leví, ha dicho Jehová de los ejércitos. »Mi pacto con él fue de vida y de paz. Se las di para que me temiera, y él tuvo temor de mí y ante mi nombre guardaba reverencia. La ley de verdad estuvo en su boca, iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la maldad. Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la Ley; porque es mensajero de Jehová de los ejércitos. »Mas vosotros os habéis apartado del camino; habéis hecho tropezar a muchos en la Ley; habéis corrompido el pacto de Leví, dice Jehová de los ejércitos. Por eso yo os he hecho despreciables, viles ante todo el pueblo, porque no habéis guardado mis caminos y hacéis acepción de personas al aplicar la Ley». Mal 2.1-9

El Dr. Walther en su libro de teología pastoral hizo el siguiente comentario: Un pastor no puede hacerse culpable de mayor infidelidad en su oficio, ni puede recibir mayor condenación en su santo oficio, que cuando no aplica la mayor diligencia en meditar, leer y orar que ofrezca a su congregación cada vez lo mejor de que es capaz. Sobre todo sobre la predicación pública de la palabra se aplica la terrible expresión del profeta: “¡Maldito el que haga con indolencia la obra de Jehová!” (Jer 48.10).” Podría haber estado hablando sobre este texto del profeta Malaquías. Porque aquí el Señor mismo enfatiza la terrible culpa de los sacerdotes en Israel que no tomaron en serio su responsabilidad para guiar espiritualmente al pueblo de Dios, y la maldición que eso acarrea no sólo para el pueblo sino especialmente para los sacerdotes. Lo que fue cierto de los sacerdotes de entonces tiene especial aplicación a los ministros

de la palabra de hoy también. Deben ser una bendición para el pueblo. Pero cuando son infieles a su santo llamamiento el pueblo sufre terribles consecuencias. Sin embargo, un juicio especialmente severo se reserva para los que tenían la responsabilidad de guiar a otros en el camino de la vida y no lo hicieron. Meditemos en base de nuestro texto sobre el siguiente tema: Dios amenaza maldiciones y desea bendiciones para ministros y pueblo. Veremos que Dios amenaza con maldecir a los ministros infieles. Pero veremos también que Dios desea bendecir al pueblo mediante la fiel enseñanza de los ministros.

Fueron 400 años antes de la venida de Cristo. El cumplimiento de la promesa a Israel de la venida del Mesías estaba otra vez en peligro, porque el pueblo había perdido su primer amor a la palabra de Dios. Se manifestaba en su vida de culto. El estado de su corazón se revelaba por el tipo de sacrificios que presentaban al Señor. “Trajisteis lo robado, o cojo, o enfermo, y me lo presentasteis como ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestras manos?, dice Jehová. Maldito el que engaña, el que teniendo machos en su rebaño promete y sacrifica a Jehová lo dañado. Porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las naciones” (Mal 1.13-14). Lo demostraban al multiplicarse los divorcios entre el pueblo de Dios y en muchas otras formas. El corazón del pueblo se había apartado de Dios. Y mucha de la culpa la tenían los mismos sacerdotes, los que habían recibido el encargo de Dios de instruir fielmente al pueblo de Dios en su palabra.

Así Dios amenaza especialmente a maldecir a los ministros infieles, a los sacerdotes de su pueblo. “Ahora, pues, sacerdotes, para vosotros es este mandamiento. Si no escucháis y si no decidís de corazón dar gloria a mi nombre, ha dicho Jehová de los ejércitos, enviaré maldición sobre vosotros”. La advertencia está dada. La amenaza se ha hecho. ¿Hay la posibilidad de escapar? Sólo si hay verdadero arrepentimiento. La advertencia inexorablemente se cumplirá a menos que escuchen verdaderamente, a menos que tomen a pecho esta advertencia del Señor.

¿Cuáles son las causas de esta advertencia y amenaza? No dan realmente gloria al nombre de Dios. Tal vez recuerden la pregunta en el Catecismo: ¿Qué es el nombre de Dios? La respuesta: El nombre de Dios es Dios mismo así como se revela en su palabra. Pero cuando tratan con descuido la palabra de

Dios, la responsabilidad de enseñar fielmente su palabra, ofenden contra la gloria y majestad de Dios mismo que reveló esa palabra. Allí está el problema.

El resultado será la maldición. “Enviaré maldición sobre vosotros”. Esta maldición incluye la frustración del mismo propósito de su ministerio. “Y maldeciré vuestras bendiciones”. Uno de los deberes del sacerdocio fue poner la bendición de Dios sobre su pueblo al pronunciar del Señor palabras de bendición. Un ejemplo sería la bendición de Aarón: “Jehová te bendiga y te guarde. Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz”.(Nm 6.24-26). Dios dijo acerca de estas palabras: »Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré». (Nm 6.27). Pero puesto que los sacerdotes habían dejado a las personas en sus pecados en vez de enseñar fielmente la ley y el evangelio, estas mismas palabras y otras semejantes se convertirían en maldiciones para un pueblo que menospreciaba la gracia de Dios y seguía impenitente en sus pecados debido a la desidia e infidelidad de sus sacerdotes. “Y ya las he maldecido, porque no os habéis decidido de corazón”.

Para hacer claro cuánto Dios detestaba su proceder, hace la siguiente amenaza. Ellos mismos serían tratados como algo abominable. “Os echaré al rostro el estiércol, el estiércol de vuestros animales sacrificados, y seréis arrojados juntamente con él”. Los sacerdotes debían officiar en vestiduras blancas de lino. Así es que echarles estiércol sería especialmente ofensivo a ellos. El estiércol de los animales sacrificados, realmente el contenido de los intestinos de los animales, tenía que ser llevado fuera de la ciudad a un lugar inmundo para no contaminar la santa ciudad. Pero aquí los mismos sacerdotes serían cubiertos de esa materia hedionda e inmunda. Y sería sólo la manifestación exterior de cómo Dios los consideraba. Como no lo honraban a él al enseñar fielmente su palabra, ellos serían rechazados. Serían llevados y echados también sobre el montón de estiércol fuera de la ciudad. “Y seréis arrojados juntamente con él”. Serían rechazados totalmente por Dios. De hecho, perderían el sacerdocio. Así como la familia del infiel Elí, las familias de estos sacerdotes serían rechazados por Dios. “Yo os dañaré la sementera”. Perderían su oficio.

La tragedia del pecado de los líderes es que afecta y condena no sólo a ellos mismos, sino a las multitudes que llevan al error, y

que dejan perecer por su desidia. Ellos mismos habían pecado gravemente. “Mas vosotros os habéis apartado del camino”. Pero otros siguieron su enseñanza y ejemplo. “Habéis hecho tropezar a muchos en la Ley”. Allí está su culpa. Son responsables por muchos que han caído. “Por eso yo os he hecho despreciables, viles ante todo el pueblo, porque no habéis guardado mis caminos y hacéis acepción de personas al aplicar la Ley”.

¡Cuán terrible ha de ser la ira de Dios en nuestros días cuando hay tantos que están encargados de guiar rectamente al pueblo de Dios, aplicar debidamente la ley y el evangelio, no hacer acepción de personas sino llamar al arrepentimiento al culpable y consolar con el evangelio al penitente, y sin embargo falsifican la palabra de Dios para hacerla más aceptable a la gente. ¿Qué diremos de los que blasfeman a Dios haciendo al hombre responsable por su propia salvación, en vez de señalar sólo a Jesucristo y su sacrificio como nuestra esperanza de salvación? ¿Qué diremos de los que dicen “Paz, paz,” cuando no hay paz? Que bendicen a quienes Dios maldice en su impenitencia en vez de aplicar la ley de Dios y llamarlos al arrepentimiento. La gente que los escucha seguramente será condenada, pero mayor condenación tendrán los que tenían la responsabilidad de enseñarles la verdad, y les dejaron en el error y su culpa.

II

La tragedia en todo esto es que Dios por medio del ministerio público de la palabra sólo desea bendecir a su pueblo. Es una bendición que viene en primer lugar a los mismos ministros, porque ellos también son pecadores que sólo pueden vivir por el mensaje del evangelio de la gracia de Dios en Jesucristo. Habla de su pacto con Leví, el antepasado de los sacerdotes. “Mi pacto con él fue de vida y de paz”. Aun en el Antiguo Testamento, la esencia de la palabra de Dios no estaba en el ritual externo de los sacrificios. No, cuando la fiel instrucción en la ley mostraba al pueblo su pecado y su culpa, la condenación que merecían ante Dios, los sacrificios debían apuntar adelante al gran sacrificio del Hijo de Dios que expiaría de una vez para siempre el pecado del pueblo. Los mismos sacerdotes eran pecadores, así que en el ritual del día de la expiación se hacía sacrificio primero para el pecado del sumo sacerdote y sólo después para el pueblo. Pero mediante la fe en aquel a quien todos estos sacrificios y rituales prefiguraban, ellos mismos tendrían vida y

paz, verdadera vida, vida eterna, y verdadera paz, bienestar total en su relación renovada con Dios por el mérito del sacrificio de Cristo.

El resultado será que ellos mismos temen a Dios. “Se las di para que me temiera, y él tuvo temor de mí y ante mi nombre guardaba reverencia”. Este temor es, sobre todo, reverencia y asombro en la presencia de este Dios todo santo y al mismo tiempo lleno de misericordia. El doble aspecto de este temor se puede ver en el Catecismo, donde frente a los mandatos y amenazas del Señor escuchamos: “Por tanto debemos temer su ira, y no actuar en contra de dichos mandamientos”. Pero también escuchamos la descripción de en qué consiste la verdadera religión y adoración a Dios: “Más que a todas las cosas debemos temer y amar a Dios y confiar en él”.

Como personas que realmente temen a Dios, los ministros fieles, como los sacerdotes antiguos, “ley de verdad estuvo en su boca, iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo”. Una verdadera instrucción fiel, sin ninguna distorsión de la palabra de Dios, debe llenar su boca. Convencidos ellos mismos de la verdad revelada de Dios, la enseñarán en su verdad y pureza.

Y así serán una verdadera bendición para el pueblo de Dios. “Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la Ley; porque es mensajero de Jehová de los ejércitos”. Cuando los ministros mismos tiemblan ante la palabra del Señor, cuando ellos mismos aplican la ley a su propio corazón, y cuando ellos encuentran su único consuelo en la gracia de Dios que llevó a Cristo a la cruz en pago por nuestros pecados, entonces tendremos un mensaje que puede convertir también a otros. Entonces seremos verdaderamente embajadores de Dios rogando a los pecadores: “Reconciliaos con Dios”. Entonces señalaremos como única esperanza para una humanidad condenada “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Co 5.21). Así realmente los ministros del evangelio serán una verdadera bendición para el pueblo, cuyo trabajo se puede describir así: “a muchos hizo apartar de la maldad”.

Dios nos conceda tales ministros fieles de la palabra. Y cuando Dios da tales ministros, demos atención a sus palabras para que

seamos bendecidos. Cuando los ministros fielmente nos llaman al arrepentimiento por nuestros pecados, tomemos a pecho sus advertencias, y dejemos nuestro mal camino, lamentemos ante Dios nuestras transgresiones. Y cuando nos señalan la redención en Cristo, el perdón que Dios ha provisto por su muerte en la cruz en nuestro lugar, consolémonos en estas benditas buenas nuevas de salvación. No dudemos. Porque en verdad, fieles pastores así son “mensajeros de Jehová de los ejércitos”. Amén.